

JORGE ENRIQUE HARDOY: SU APOORTE A LA HISTORIA URBANA DE AMERICA LATINA

*Ramón Gutiérrez **

Es difícil, cuando median las razones de amistad y cariño, escribir sobre los aportes profesionales del amigo ausente. Si bien lo conocí en Rosario, cuando recién me iniciaba como estudiante de Arquitectura y recibí de él algunas de mis primeras orientaciones, fue la Historia Urbana la que nos volvió a acercarnos profesionalmente años más tarde (1).

La Historia Urbana creo que constituyó, para Jorge Enrique, su "verdadera vocación", una vocación que muchas veces la vida le permitió ejercerla como un *hobby* antes que como centro de sus actividades cotidianas. Su capacidad inagotable por abarcar temas le permitiría recuperar, en su permanente preocupación por la ciudad y la vida urbana, la sabiduría de la historia para ver más lejos que la coyuntura.

Hace treinta años, en 1964, Hardoy publicó en la Editorial Infinito (de la cual era socio fundador), su libro sobre "Ciudades Precolombinas". Este libro llenó de asombro, no sólo a los historiadores y urbanistas, sino también a los mismos arqueólogos que habían contribuido desde su disciplina con el material que Jorge Enrique interpretaba entonces en nuevas claves territoriales y urbanas.

Esta capacidad de apertura y el carácter precursor de muchos de sus trabajos provenían de sus inquietudes por temas sociales, como la vivienda y de su formación en planificación urbana y regional.

El aporte de JEH a la Historia Urbana de Latinoamérica se consolidó en la secuencia de los seminarios que, repartidos por todo el continente, organizó conjuntamente con Dick Schaedel y Richard Morse.

Estos seminarios, que dieron lugar puntualmente a libros que recogían las ponencias de los participantes,

han constituido fuentes de consulta obligada a generaciones de investigadores. En ellos la temática elegida era analizada desde la perspectiva de los tiempos prehispánicos hasta el presente, en aportes que tendían a anudar una visión integrada de la historia urbana americana.

Luego, en su período de trabajo en el CEUR, Jorge Enrique realizó los estudios bibliográficos que publicó allí en dos tomos y que luego completaría con Paco Solano en una edición madrileña. También, con diversos colaboradores, realizaría aproximaciones sobre las series de ciudades americanas, según los cronistas, sobre los orígenes del modelo urbano "indiano", sobre el poblamiento colonial americano, etc.

Las "vacaciones forzadas" a que lo obligó la dictadura militar no lograron distraerlo de sus preocupaciones históricas, aunque lo llevaron a dedicar más tiempo a otros aspectos de las ciencias sociales.

Comenzó así a recopilar la documentación, en archivos y bibliotecas europeas, que le permitirían publicar en 1991 su querida "Cartografía Urbana Colonial" que por primera vez integraba planos de ciudades de la colonización española con la portuguesa, británica, francesa, danesa y holandesa.

A su regreso a la Argentina, tuve la suerte de acompañarlo en los estudios que realizamos para el Proyecto Regional de Patrimonio Cultural (PNUD-UNESCO) que dirigía Sylvio Mutal, sobre los Centros Históricos de Cuzco, Quito y Bahía.

Conjuntamente con Mario dos Santos, Alejandro Rofman y otros amigos, formamos un equipo donde la convivencia del trabajo de campo, las reuniones de reflexión y los debates con profesionales y sectores

* Arquitecto argentino. Director de la Revista Documentos de Arquitectura Nacional (DAN).

diversos de la comunidad constituyeron para todos nosotros una experiencia inolvidable. Los libros sobre "Impacto de la urbanización en los Centros Históricos de América Latina" y sobre los Centros Históricos de Cuzco y Quito reflejan sólo parcialmente toda la alegría y aprendizaje que nos generó este trabajo.

Posteriormente, y con el aporte del IERD canadiense, realizamos con Mariano Arana y Alberto Nicolini el estudio de los Centros Históricos de Montevideo, Catamarca y Corrientes, ciudades intermedias, donde JEH buscaba definir un método de aproximación interdisciplinaria e integradora.

Luego vinieron los años compartidos en la reorganización de la Comisión Nacional de Museos, Monumentos y Lugares Históricos, donde JEH impulsó notorios cambios en la federalización de su integración con representantes o asesores en todas las provincias.

A la vez integró por primera vez regiones enteras del país declarando Monumentos de la Patagonia, La Pampa, El Chaco, o Formosa, realizando la apertura temática y cronológica imprescindible para abarcar las manifestaciones culturales de todo el país. Molinos y estaciones de ferrocarril expresaban, por ejemplo, esa apertura temática a otras expresiones no convencionales de elementos que habían contribuido fehacientemente a transformar el país.

Las declaratorias de los primeros Monumentos del siglo XX encontraron a JEH dispuesto a las innovaciones, sin temor a los cambios y convencido de que dejaba marcada la huella de un camino que había que transitar con seguridad y certeza.

Nuestra última reunión fue en su casa, con el tema que lo apasionaba en la última fase de su vida: la recuperación testimonial de las misiones jesuíticas de guaraníes. Estuvimos analizando durante tres horas la confluencia de esfuerzos desde la Nación a la Provincia, desde la Argentina a los otros países involucrados, desde la UNESCO y los organismos internacionales hasta los aportes privados, como el de MAPFRE que tan señaladamente había apuntalado su tarea.

Jorge Enrique, con su excepcional lucidez, planteaba los ejes de una acción superadora de los enconos atávicos, de los intereses mezquinos, de los

proceratos vacuos y de la ineficacia inconducente que había testimoniado la larga serie de equívocos del último medio siglo. Con sensatez buscaba aprender en aciertos y errores, capitalizando experiencias positivas y negativas para configurar un plan que armonizara intereses y protagonismos.

Tenía en sus manos la revisión de sus "Ciudades Precolombinas" que treinta años atrás iniciara su extensa lista de libros y artículos sobre nuestra Historia Urbana. Seguía recibiendo, con la alegría de sus primeros tiempos, los datos, referencias bibliográficas, fotocopias y separatas de artículos que lo obligaban a repensar temas y ampliar los horizontes inagotables de sus temáticas. Así se fue, autoexigiéndose y exigiéndonos, construyendo futuro y ensañando una América diferente a la que nos ha tocado vivir.

1. ASPECTOS ESENCIALES DEL APORTE DE JORGE ENRIQUE HARDOY A LA HISTORIA URBANA LATINOAMERICANA

No he de referirme en la oportunidad al contenido de su extensa bibliografía, accesible en su mayoría a quienes desean consultarla. Voy más bien a hacer referencia a aspectos estructurales del aporte de Jorge Enrique a la evolución y desarrollo de los estudios de la Historia Urbana en nuestro continente.

a) Integración entre la Historia Urbana y /a Planificación

Hardoy contribuyó esencialmente a que la integración de la Historia Urbana y la planificación abandonara los rasgos de superficialidad que caracterizaba los antiguos planes Reguladores o Directores.

Lo hacía desde la solvencia que la daba su especialización en la Planificación y que le permitía a la vez cuestionar la rigidez iluminista de aquellos "Planes" asentados más en el modelo de lo que "debía ser" la ciudad en cuestión, de lo que realmente "era".

Fue habitual en aquellas etapas "heroicas" de nuestro urbanismo (1930-1970) que la historia urbana fuese un pequeño capítulo, colocado por compromiso al inicio del voluminoso expediente urbano. Allí se desarrolla-

ba, sin mucha convicción, una secuela de fechas históricas, que solían estar desconectadas de todo hecho de transformación física, económica y social de la ciudad, o que por lo menos eran así valoradas, pues nada de lo que contenía el posterior expediente urbano procedía de indicaciones o experiencias que surgiera de este informe histórico.

Esta fragmentación del pensamiento partía justamente de una falta de compromiso con el proceso de evolución histórica, referencia necesaria pero no operante a efectos de la transformación modélica de la ciudad. JEH señaló por una parte la falacia de este mecanismo y su insuficiencia proyectual pero a la vez impulsó el desarrollo de los estudios de Historia Urbana con una visión más amplia y comprometida capaz de aproximarse a un instrumental apto para el uso de los planificadores.

b) Una visión de la Historia Urbana en el contexto regional y territorial

Este fue, para nosotros, un segundo aspecto de gran importancia. La historiografía tradicional había manejado las historias urbanas en el contexto físico de sus límites municipales.

La visión de JEH, desde la perspectiva de la planificación urbana y regional, impulsó en sus seminarios la apertura a la comprensión de las condiciones de cambio territorial y la operatividad de las ciudades como un sistema regional.

Sus trabajos sobre las redes de ciudades coloniales, sobre la incidencia de sus características funcionales o los factores de evolución demográfica, plantearon aproximaciones que fueron marcando modalidades de comprensión y trabajo más explícitas.

Hardoy introdujo a la vez las novedades de otras formas de lectura sobre las fronteras territoriales o sobre aspectos de la estructura interna de la ciudad en sus facetas económicas, sociales o culturales, que ayudaron a una apertura hacia una historia urbana más abarcativa. Para ello, en no pocas oportunidades, insistía en tratar una historia urbana desde los interrogantes del presente antes que los que planteaba la información histórica en sí misma.

c) La proyección desde la Planificación a la Preservación del Patrimonio

Este tema ha sido fundamental en la última década y en él ha tenido un papel absolutamente protagónico Jorge Enrique Hardoy. Fue él justamente, por el respeto que sus conocimientos y profesionalidad imponían, quien cambió radicalmente la actitud de urbanistas y planificadores respecto al tema de la preservación del patrimonio.

Cuando JEH asume la titularidad de la Comisión Nacional de Museos, Monumentos y Lugares Históricos, sorprende a quienes no estaban cerca de sus íntimas convicciones sobre los aspectos de una valoración operante de la historia en el rescate cultural.

Desde allí y en sus estudios contemporáneos va buscando integrar los efectos de una estrategia de trabajo urbano que no soslaye la potencialidad de la recuperación de los centros históricos y los sitios con identidad de las ciudades americanas.

El tema del patrimonio cultural comienza a formar parte de una nueva modalidad de concebir el urbanismo que reconoce la carga histórica de la ciudad y opera tomándola como un dato esencial de sus propuestas. De alguna manera, esta etapa de las propuestas de Hardoy está marcando el fin de aquel urbanismo modélico e instrumentalista reemplazado por una dinámica existencial más respetuosa de la cultura y las vivencias de los pobladores.

d) La apertura de la Historia

Otro de los aspectos en los cuales JEH colaboró eficazmente con quienes trabajábamos en la Historia de la Arquitectura y en Historia Urbana, fue el insistir en la apertura desde "lo histórico" a las dimensiones sociales, económicas y culturales del presente.

Con esa capacidad analítica que le permitía descubrir con facilidad las articulaciones significativas de los procesos históricos, Jorge Enrique nos dejaba perplejos con lecturas "cruzadas" de hechos históricos que no respondían a nuestras supuestas —y limitadas— ortodoxias.

Una memoria prodigiosa y una capacidad envidiable para relacionar experiencias y hechos nos dejaban siempre con un vasto listado de interrogantes, que obligaban a replanteos y reflexiones creadoras.

Los datos históricos alcanzaban así en sus manos y en su infatigable curiosidad, límites imprecisos y siempre flexibles que requerían de la madura reflexión y relativizaban, con frecuencia, las certezas.

Nos ayudó siempre a "traer" la historia hasta el presente, con aquella convicción crociana de que la Historia es siempre contemporánea. Con el mismo entusiasmo apuntalaba la necesidad de la objetividad posible, evitando los encasillamientos fáciles y las instalaciones cómodas. Algo que él personalmente testimonió en su vida.

e) La promoción de los estudios de Historia Urbana en América

La deuda que los historiadores americanos tenemos con JEH es inmensa. Fue él quien con su generosa disposición de convocatoria nos reunió una y otra vez en sus seminarios y jornadas, fomentando el desarrollo de nuevos temas y provocando aperturas metodológicas y reflexivas.

Impulsor de proyectos y estudios, organizador de grupos de trabajo, difusor e intercomunicador de las tareas que todos y cada uno de nosotros realizábamos, siempre buscó ayudar y estimular.

Recuerdo en lo personal cómo **nos** ayudó durante varios años con un aporte económico propio para la edición de "Documentos de Arquitectura Nacional y Americana" en tiempo de vacas flacas (que no son pocos en la Argentina) aun cuando la línea de la Revista no tenía aquellas condiciones de "excelencia" y enfoque que su rigor le exigía (2). Sin embargo nos acompañó siempre formando parte de su Comité Editor, en tiempo en que se imponían sus reclamados "referatos" y supo disfrutar, como nosotros, de las informalidades del "Premio Atila".

A lo largo y ancho del continente hay en nuestros días una legión de investigadores, estudioso y estudiantes que tuvieron el privilegio de tratar o escuchar a Jorge Enrique y que por ende recibieron de sus palabras y

estímulos, motivos para profundizar en los conocimientos de nuestra historia urbana americana. Fue este quizás el mejor legado que nos ha dejado, la certeza de que habrá quienes continúen profundizando la huella que él abrió.

2. LAS MODALIDADES DEL TRABAJO DE JORGE ENRIQUE HARDOY

No quisiera dejar de señalar, sobre todo para aquellos que no lo conocieron, ciertos rasgos muy peculiares del trabajo de Jorge Enrique que configuran valores importantes de su personalidad.

Estas características transferidas desde sus condiciones de humanidad a su modalidad de acción profesional, fueron a mi entender las que hacen más valioso y trascendente su esfuerzo de producción intelectual. Las citaré brevemente, pues algunas de ellas se explican por sí mismas,

a) Su espíritu abierto y generoso

Aunque muchos lo han considerado como un hombre de posiciones rígidas, JEH era todo lo contrario. He visto trabajar a su lado personas de las más diversas posiciones ideológicas y políticas, sin que esto fuera causa para que retaceara su apoyo a alguien. Su propia forma de pensar rehusaba el encasillamiento y siempre estaba buscando respuestas más allá de los esquemas y los modelos presuntamente definitivos.

Era capaz de convocar en función de capacidades y talentos, desprendido de las banderías y sectarismos. Quizás fue así porque en la vida lo habían golpeado las mezquindades y envidias, o padecido la persecución ideológica, que inclusive amenazó su vida en 1976. Conoció como todos los que vivieron la vida universitaria argentina, desde 1945 al presente, las largas noches de la intolerancia y los breves amaneceres del pluralismo. En todos los casos fue protagonista, por acción u omisión.

Fue siempre generoso en la transmisión del conocimiento y cedió con alegría su tiempo a quienes aprendimos con él.

Fue aún más generoso con sus pensamientos e investigaciones. Con frecuencia imponía a todos los que lo rodeaban de sus avances y reflexiones, aun sabiendo que tardaría tiempo en hacerlas conocer o que nunca lo haría formalmente. Junto a él se podía aprender sin las especulaciones "ocultistas" que otras generaciones de historiadores practicaban consuetudinariamente.

b) Integraba a sus amigos y colaboradores a una red universal

El estilo de Jorge Enrique llevaba a centrar las conversaciones en las tareas que tenía entre manos. Allí uno participaba de fantásticos mundos en una red de fuerte urdimbre que él tejía en una solidaria complicidad con personas que nos eran desconocidas hasta que la vida nos ponía por delante.

Era una suerte de "club de amigos" que nos ayudaba a no sentirnos tan solos en la tarea que teníamos entre manos, a saber que había alguien en otro país o continente que respiraba las mismas angustias e interrogantes y que siempre podíamos llegar a él a través de la inagotable capacidad integradora de Jorge Enrique.

Sentíamos que nuestros amigos y compañeros de trabajo formaban parte de esa invisible red que, aún hoy en su ausencia, nos sigue vinculando en el afecto común y en la tarea compartida.

Siempre le gustó contar lo que hacía y hacemos participar de esa constelación de proyectos que abarcaban una multifacética red de profesionales que integrara a su núcleo itinerante de trabajo en la SIAP, el CEUR, IIED, CLACSO, etc.

c) Un manejo de información amplísima

JEH era sistemático en sus lecturas y con una notable capacidad de absorción. Su red de corresponsales lo tenía al tanto de las novedades editoriales y era capaz de captar inmediatamente los centros de interés temáticos.

Ello fue siempre una gran ayuda para quienes podíamos compartir, aunque fuera esporádicamente, tiem-

pos de tertulia y trabajo. Siempre una conversación con Jorge Enrique dejaba una nueva puerta abierta para indagar.

d) Capacidad para sintetizar ideas variadas

Acompañaba aquella virtud de una amplia información el carácter disciplinario diferenciado de la misma. Jorge Enrique tenía lo que los españoles llaman "una cabeza bien amueblada", donde las más diversas ideas e informaciones eran rápidamente procesadas y cruzadas.

Siempre nos sorprendía, en encuentros y seminarios, la facilidad con que relacionaba información, que nos constaba que recién había recibido, sacando síntesis de diversas exposiciones y estructurando un discurso coherente con aportes muy variados.

Es obvio que ello requería el tener una estructura mental organizada en la cual "instalar" la información recibida, pero no dejaba de ser sorprendente, aun para los que conocíamos esta capacidad suya, la eficacia de sus síntesis integradoras.

e) Sistematización y método para el trabajo

Facilitaba a estas circunstancias su rigurosa disciplina de trabajo. Lo hemos visto asistir a largas y tediosas exposiciones donde provisto de su anotador trataba de rescatar las a veces casi inexistentes ideas fuerzas del orador.

Su paciencia y buen humor le ayudaban eficazmente en estos casos. No hubo reunión en la que participara Jorge Enrique en la cual no recogiese los aspectos que le parecían más importantes de lo que cada uno opinaba. Con ello enriquecía sus reflexiones, que de esta forma se multiplicaban expansivamente,

A ello unía una peculiar capacidad para articular los temas más variados e insertar formas de aproximación y métodos de lectura procedentes de diversas disciplinas. Estas síntesis no requerían de la tranquilidad del laboratorio. Lo hemos visto hacerlas en su "refugio" de Faro José Ignacio (Uruguay) o en el vértigo de un viaje en avión.

f) Intuición para identificar nuevos temas y enfoques

Es probable que esta suerte de versátil "esponja" que era Jorge Enrique en la receptividad de temas y problemas, le haya facilitado el notable don que poseía de identificar los asuntos de "punta", que en los años subsiguientes constituirían el centro del debate.

Una suerte de literatura de anticipación y una positiva carga anímica, dispuesta para las utopías, le permitió esbozar prematuramente alguno de los temas del debate urbano de estas últimas décadas del siglo XX.

Su apertura a los sectores de la salud, la identificación de los problemas de los niños en la ciudad, el reconocimiento de la existencia de una ciudad formal y otra "informal" en las urbes de América Latina o la preocupación por eliminar barreras arquitectónicas, fueron pioneras y precursoras de temáticas que luego se han hecho frecuentes en la reflexión interdisciplinaria.

Se podrá argumentar que más que intuición operaba en Jorge Enrique un conocimiento vasto y si bien ello es cierto, es curioso constatar que en otros campos donde su sabiduría iba a la par no escogía temas centrales para movilizar grupos de reflexión.

Nos ha tocado participar inclusive en los inicios de algunos temas vinculados con la historia y el patrimonio, donde JEH abrió puertas a debates que sólo se prolongaron discontinuadamente, tales como la vivienda popular a fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX, o la propia arquitectura vernácula.

Su preocupación por la integración de las áreas multidisciplinarias lo llevaba con frecuencia a relacionar arqueólogos y antropólogos con arquitectos, a biólogos y ambientalistas con planificadores, tratando justamente de ampliar los horizontes de trabajo de unos y otros. Tarea difícil para quienes hemos sido formados en falaces autosuficiencias.

g) Autoexigencia de rigor y respeto de las opiniones

Hardoy fue siempre exigente y riguroso, pero a la vez comprensivo y tolerante. Los grados de aplicación de estas dimensiones pueden ser variados y cada uno de

los que lo tratamos pudo haber sido receptor de diversos tratos. Según tiempo y forma.

A veces era muy exigente y todas las explicaciones le resultaban excusas. Exigía como él se exigía a sí mismo y esto era casi imposible de satisfacer. JEH era capaz de escribir dos capítulos de un libro en un fin de semana y este tipo de parámetros era una utopía para casi todo el resto de los mortales.

Exigía entonces para que nos esforzáramos, para que diéramos lo mejor de cada uno, para que no nos instaláramos en la comodidad. Aplicaba la parábola de los talentos del Evangelio exigiendo que rindiésemos según las capacidades recibidas. A veces ello parecía imposible.

Era duro para criticar, pero recibía con tolerancia las críticas cuando les encontraba razón. Había que encontrarlo dispuesto a escuchar, pero cuando ello sucedía, escuchaba.

Siempre los aspectos del trabajo convergían a una reflexión de carácter personal o humano. Es que JEH era capaz de asumir, a pesar de las cisuras aparentes, los planos integrados del crecimiento profesional y la realización personal.

Aceptaba la opinión diferente y el disenso cuando estaba avalado en una posición distinta que la suya y a la vez justificada. No convertía las opiniones contradictorias en cuestiones personales, como es tan frecuente en unos medios académicos donde falta capacidad de crítica y autocrítica.

h) Capacidad excepcional de organizador

Fue justamente por estas virtudes de amplitud y pluralismo, de exigencia y tolerancia, que JEH fue capaz de organizar grupos de trabajo sobre muy diversos temas.

Toda su autoridad se basaba en su poder de convicción, seducción diríamos, que era reconocida y estimulada en un diálogo sin imposiciones ni verticalismos.

La convocatoria de Jorge Enrique era siempre una expectativa de trabajo agradable, de seguro aprendizaje, de exigente estímulo. Aprendí junto a él, como habrán aprendido muchos de mis compañeros en estos años,

los valores del compartir solidariamente la reflexión, el asumir personalmente las responsabilidades dentro del grupo y el aprender a pensar en conjunto más allá de la opiniones particulares.

Por todo ello, la deuda de quienes compartimos alguna faceta de sus trabajos, es continuar con ellos y hacer crecer en el conocimiento aquellas cosas de nuestra América por las cuales Jorge Enrique luchó tanto.

Hay adhesiones que son intelectuales y otras que nacen del corazón. Cuando ellas se unen surge la amistad y el cariño. Allí la ausencia es más que nostalgias y recuerdos, es sobre todo un compromiso desde esa historia cultural y social que Jorge Enrique desarrolló.

Por eso creo que la tarea pendiente es justamente la que él nos hubiera planteado hoy: continuar con la investigación científica con el mismo entusiasmo y exigencia que él testimonió en su vida. No sé si lo haremos bien, pero tratemos de darle el gusto. Se lo merece.

N O T A S

(1) Conocí a Jorge Enrique Hardoy en 1957, en Rosario, cuando cursaba el primer año de Arquitectura. integraba en ese entonces el equipo de vivienda del Partido Demócrata Cristiano junto con Luis Morea, Marcelo Salas y otros profesionales en los primeros intentos de integrar a los técnicos en propuestas de soluciones políticas. Realizaron una reunión en Rosario, de la cual participé. También estaba en la Facultad junto con otros profesores de Buenos Aires que habían venido a reorganizarla luego de la caída del peronismo. Allí tuvo la paciencia de hacerme correcciones en un examen libre de "Introducción a la Arquitectura", cuando mi ignorancia era casi tan grande como el proyecto.

(2) Siempre discutimos con Jorge Enrique sobre el carácter que debía tener nuestra Revista "Documentos de Arquitectura Nacional y Americana". JEH la pensaba con unos niveles de excelencia internacionales, mientras nosotros rescatábamos el carácter que desde su fundación había tenido: un lugar para que muchos de los futuros investigadores pudieran publicar sus primeros trabajos. La Revista siguió siendo lo que nos habíamos planteado en el inicio, pero la participación de Jorge Enrique significó una mayor exigencia de calidad de los textos, una integración de aportes de investigadores importantes y... la persistencia de la nunca resuelta discusión cada vez que salía un nuevo número de DANA.